

## **Aliento del río.**

A él de verdad no le importaba, para nada, pero el médico del centro de salud se lo había dicho y eso tenía peso, debería hacerlo...tal vez. Pequeñajo, desgarrado y muy sucio, caminaba como siempre, con su paso de vaquero, las rodillas torcidas, dolorosas, arrastrando un amplio y desvencijado carrito de madera con ruedas de bicicleta, para su tarea diaria.

Corría 1989 en Huajicori, un pueblo pequeño de apenas más de mil habitantes, la mayoría de las casas del centro tenían servicio de luz y agua corriente, sólo una casa tenía teléfono que fungía como público durante el día, había oficina de correo/telégrafo, no se recibía ningún canal de TV a menos que se tuviera antena parabólica de las de 2 metros, y sólo una estación de radio alcanzaba al pueblo. Otros servicios faltaban, los cilindros de gas había que traerlos de la vecina ciudad de Acaponeta a 16 km, el drenaje era inexistente salvo por las fosas sépticas y no había recolección oficial de basura; de esto último se encargaban don Roch con su carrito a rastras por unas cuantas monedas, recorría diario un área diferente del pueblo: hoy *el centro*, mañana *la lomita*, pasado *los llanitos*, al día siguiente *picacheros*... y así, los siete días de la semana anadeando entre las casas, recibiendo a diario unos pesitos suficientes para poder comer.

Con el carrito lleno con un bamboleante cerro de basura surtida una vez terminada la ronda del día, don Roch salía del pequeño pueblo hacia donde vivía cerca del río, tenía un terrenito ejidal que debería ser milpa pero no lo trabajaba, su jacal que daba a la calle de terracería, estaba hecho de maderos apolillados, cartón y techo de lámina de asbesto, al llegar lo atravesaba con todo y carrito para entrar a lo que pasaba por un bastante amplio patio trasero, cercado con toda suerte de objetos unidos con retazos de alambre

de púas desigual; allí revisaba la basura para sacar de ella lo que pudiera encontrar útil o comestible, el área rebosaba de toda suerte de cosas, desde pilas de cartón, llantas, piezas de auto, pedazos de bicicletas, blancos oxidados, muebles rotos, aparatos viejos, diversos tipos de láminas, trapos, botes latas, alambre, tubos, pedazos de metal y pedacería de variopintas cosas, la mayoría inidentificables, el área estaba infestada de cucarachas y roedores que se movían confiados a pleno día, al fondo parecía que su patio luchaba contra la vegetación para seguirse expandiendo, del olor... mejor ni hablar.

Con la basura ya expurgada de nuevo en el carrito, salía a través de lo que pasaba por una puerta en la parte de atrás hacia el bosque, internándose por una vereda solitaria pero muy transitada por él, que desembocaba donde el río Acaponeta salía del pueblo, nadie iba allí porque en ese punto era caudaloso y la gente lo consideraba de peligro a pesar de no ser muy profundo. Allí tiraba toda la basura, para que se fuera corriente abajo, en la retorcida mente de don Roch, era como si desapareciera sin dejar rastro.

Al comenzar con su “*negocio*” enterraba la basura, pero los del comisariado se lo habían prohibido porque comenzó a invadir terrenos de cultivo, luego empezó a quemarla por las noches - para que nadie viera el humo -, pero en una de las ocasiones se durmió y por poco no la cuenta, y además las autoridades del municipio alertadas por ese incendio se lo prohibieron bajo amenaza de meterlo a la cárcel, así que ahora, en este punto donde el río salía de pueblo y la corriente era bastante fuerte, la basura se iba lejos rápido y nadie le había dicho nada... diez años ya habían pasado de este modo.

Al fin un día sucedió lo que temía, un comité de personas fue a buscarlo hasta su jacal, ninguno se sentó a pesar de que dentro tenía un par de - según él - buenos sillones “un poco” desvencijados, se habían recibido quejas de gente que vivía río abajo y desde la

ciudad vecina acerca de la basura e inmundicia que bajaba por el caudal a diario, le explicaron varias cosas acerca de contaminación ambiental, las propuestas de conservación ecológica de los ríos y de porque no podía seguir tirando la basura allí... eso poco le importaba, lo único que hizo efecto en él fue la amenaza de una fuerte multa o de cárcel si seguía polucionando el río... no entendió esa palabra ni le importó, menos aún escuchó la sugerencia de dedicarse a otra cosa.

Al día siguiente regresó a casa con su cargamento, y como a diario en su atestado traspatio, revisó y descargó lo que le pareció útil, para luego salir con el resto, hoy medio sin rumbo... Llegó a la orilla del río, y habían varias personas a la vista por lo que no se atrevió a tirar nada, siguió corriente arriba por una vereda que no conocía pero que le permitía el paso con su carrito, sería muy bueno encontrar un lugar oculto donde tirar la basura, porque claro, no le gustaba la idea de un sitio donde alguien pudiera encontrarla, de inmediato sabrían que fue él quien la dejó allí; ya no tenía la opción que le gustaba más, tirarla a la corriente, porque esta se la llevaba lejos, donde él siempre había pensado que se convertía en problema de otros. Tras una hora y media de caminata, encontró un pequeño claro en el que nunca había estado, eso sólo ya era extraño, porque él había recorrido ambas laderas del Acaponeta muchos kilómetros más que eso en ambas direcciones; el sitio era hermoso, como pintado, en el centro del claro había una enorme piedra, desde cuya cumbre caía una pequeña, límpida y hermosa cascada que parecía venir de algún inexplicable nacimiento de agua en la cima, en el suelo ésta formaba un arroyuelo de unos veinte metros que llegaba a otra cascada cristalina que se perdía de vista al caer en un amplio agujero en el suelo, al cual no se le veía el fondo. Ni mandado

a hacer, pensó don Roch. Una ráfaga fría como un reproche, le revolvió el escaso y sucio pelo.

Durante las tres semanas siguientes hizo a diario el viaje con el carrito lleno, el claro en apariencia no sufría por el abuso que estaba recibiendo.

La noche del siguiente sábado, se acostó a dormir como siempre, tardó en conciliar el sueño, y cuando al fin lo logró, fue algo extraño, al principio maravilloso: se vio sentado en una lujosa mesa, con grandes cantidades de alimentos a su alrededor, algunos como no había visto nunca; cerros de tortillas, frijoles de olla y refritos, camarones enormes, cangrejos y cauques humeantes, langostinos, pescado frito, en filetes y en rodajas con diferentes salsas a escoger, jarras de diferentes jugos de fruta, cerveza y vino a su disposición, comió y bebió hasta hartarse, pero luego de un rato de disfrute, empezó a sentir calor, a su alrededor todo parecía estar en llamas como el día del incendio y en medio de su terror sintió dolor, náuseas y empezó a vomitar, pero lo que salía de su boca no era comida, eran kilos y kilos de nauseabunda basura y no podía parar, el lugar donde estaba se empezó a llenar, aquel material asqueroso encendido por el fuego lo cubrió subiendo como lava hasta llegarle a la nariz, todo su cuerpo ardía, comenzó a faltarle el aire y... Se despertó con un grito, jadeando y cubierto de sudor... se secó con un trapo tan limpio como todo lo demás que tenía a mano, sería mejor levantarse más temprano e ir a trabajar.

Para el final del día, con su carrito a rastras y cerca ya del claro, se dio cuenta de que algo estaba mal, llegó a un punto en donde el camino estaba mojado, lodoso y al avanzar más se encontró con una pequeña laguna en donde había estado el claro y se podía ver que terminaba desbordándose en un desnivel al otro lado, tal vez la basura había

terminado por tapar el hoyo en apariencia sin fondo que debía ser el drenaje natural del área, a don Roch no le importó ser el culpable de aquella inundación, lo mismo que no le importaba nada que no fuera de pérdida o ganancia directa para él, sólo pensó que ahora se vería obligado a buscar otro lugar, empezó a dar la media vuelta pero... por alguna razón vino a su mente lo que el joven médico pasante del centro de salud le había dicho, levantó como autómatas el brazo derecho para oler bajo su axila y sin querer repitió el gesto de asco que algunos hacían al pasar cerca de él, aquella laguna era su gran piscina privada de agua fresca, un inmerecido premio a su antihigiénica irresponsabilidad... Sin desvestirse se lanzó al agua, dejando tras de sí un rastro como tinta grasosa, retozó un rato como un crío hundiéndose en la masa de agua que en su parte más honda si acaso subía un metro, pudo ver como su piel se aclaraba como por arte de magia, muchas manchas que habían estado allí por años en sus brazos desaparecían, sus manos se aclaraban y quiso ver si el resto de su cuerpo también cambiaba al perder la mugre por lo que se desnudó, y así era, con simple agua que lo lavaba, sentía estar estrenando piel, el doctorcito había tenido razón, por un breve momento se sintió dichoso allí desnudo al atardecer, en medio del bosque. En eso un rumor recorrió los árboles alrededor del claro y la superficie del agua se rizó por un viento helado que sopló desde quien sabe dónde, como un suspiro grave, un rugido, salido de una garganta inhumana, enorme, que golpeó a don Roch de repente calándolo hasta los huesos, el hombrecillo tosió como jamás en toda su vida...

Algunos días después, el médico pasante del centro de salud se enteró de que la gente del pueblo estaba descontenta porque ya nadie pasaba a recoger la basura - él mismo tenía una respetable bolsa de ella para ser recogida - , quien se lo dijo, implicó también

de forma nada disimulada que la falta del servicio era su culpa... Todo por haber mandado a bañarse, a un hombre que jamás lo hacía.

Y es que tras 4 días de *neumonía cuata*, se había muerto don Roch.

AUTOR: Yotrek